

—¿Qué sucede? ¿qué ha ocurrido?
¿quién es el? ¿quién se mata?
preguntan todos, queriendo
saber de aquello la causa...
Y el pobre bebé, marido
de la muñequita ingrata
de ojos azules, velados
por larguísimas pestañas,
cerrados ya para siempre...
aquel amante, de cara
morena y adusto ceño,
Otelo de porcelana
con el corazón más grande
que su fortuna en las armas,
salió á la calle llorando
las manos ensangrentadas,
la furia en sus ojos negros,
el desconsuelo en el alma,
y dijo á las gentes, noble
y digno, sin arrogancia,
—Fué adúltera y la maté
¡y mil veces la matara!

Después la gente ha sabido
que fué mentira aquel drama,
y que aunque hubo tal Otelo
no hubo nunca tal desgracia;
todo fué—según se dice—
compostura y añagaza
de Blázquez y de un poeta
de menor cuantía, para
dar un *bombo* merecido
al BAZAR que en esta plaza
es la gloria de los niños
y de los padres la plaga.

José García Vaso.

Cartagena.

LOS JUGUETES

Mirando los juguetes caprichosos
que alegran el Bazar,
me acuerdo de los años bendecidos
de mi primera edad.

Entonces los juguetes me encantaban,
como era natural,
y jugando con ellos no sentía
las horas resbalar.

Todo era entonces risas y ventura,
todo era dulce paz;
¡mis sueños arrullaban la inocencia
y la felicidad!

Los años han pasado como pasa
relámpago fugaz,
y los juguetes que mi encanto fueron
hoy tristeza me dán.

Sí, que al verlos tan monos y atractivos
recuerdo con pesar,
que el placer y la gloria son cual ellos:
¡ilusión de un momento nada más!

EL BAZAR

No es conjunto de objetos bellos y ricos;
jarrones, porcelanas, concha, abanicos;
almacen de alta ó baja bisutería
ó artísticos trabajos de orfebrería.
No es sordido comercio, no es la vil prosa
de mercachifles duros: es otra cosa.
Hay en él escondido rico tesoro
de ilusiones y ensueños de rosa y oro.
En él se cristaliza por modo exacto
el anhelar del alma, lo más abstracto.
En él por misteriosa fuerza secreta
toma el vago deseo forma concreta.
Complemento del hombre es sin disputa:
lo que el cerebro piensa él lo ejecuta.
Parece que Dios puso en él sus dones
para hacer realidades las ilusiones.

¿Que exagero? ¿Tomais lo dicho á risa?
No juzguéis tan ligeros: no tan de prisa.

Mirad á vuestra madre, débil y anciana:
su sillón, al pie tiene de la ventana:
pero ya no sonríe como otras veces:
tiene apartado el libro donde sus preces
desde que fuera niña siempre ha rezado:
que el cristal de sus ojos está empañado
y aunque por la ventana la luz penetra,
ya, por esfuerzos que hace, no vé la letra.
¡No la vé! significa tan tristes cosas,
que no extrañais sus lágrimas dulces y hermosas.

Mas ¿qué hay sobre la tierra, de cuanto existe,
que enduice su amargura, su duelo triste?
Nó: no hay nada: que fuera cosa risible
intentar lo vedado por imposible.
«Si tragera...—pensais—pueril y todo,
yo de calmar su pena no hallo otro modo.»
Y al Bazar os marchais: volveis derecho
batallando las arsas en vuestro pecho;
le dais el nuevo libro, la noble anciana
ante el reflejo lo abre de la ventana
y su faz antes triste vuelve radiosa
y os sonríe leyendo su letra hermosa.
Y ¿qué sentís vosotros? Nadie lo sabe:
el Bazar, de ese *algo* tiene la llave.

Está vuestro hijo enfermo: su cabecita
en la blanda almohada se hunde marchita.
Ya no tiene su cara los arreboles
de la rosa: sus ojos ya no son soles.
En su boca la risa ya no fulgura;
que le abrasa 'os labios la calentura.
No estiendo los bracitos á vuestro ruego,
ni os vuelve vuestros besos, ¡besos de fuego!
El canto de su madre no lo estremece;
nada ya le impresiona, ¡muerto parece!
¡Llorais! ¡Qué mudo el niño vé vuestro duelo!
¡Con qué tristeza el angel tiende su vuelo!
El abuelito llega: turba la calma
de aquel dolor supremo que parte el alma
con insólito ruido de campanillas,
mientras el llanto corre por sus mejillas.
El *arlequin* le muestra... ¡ya el niño mueve
sus ardorosos labios con risa leve!
¡Ya levanta las manos! Sus ojos bellos
de los soles ya brillan con los destellos!
¡La vida! Aunque un momento tan solo sea,
al Bazar se la debe ¡bendito sea!

El Bazar, ya lo veis: rico tesoro
es de ilusión y ensueños de rosa y oro.
El generoso siembra con bellas flores
la senda tortuosa de los amores:
endulza los pesáres, alegra al niño;
él hace mas sabroso nuestro cariño.
No se compran desdenes en sus vitrinas,
ni allí se venden drogas ni medicinas.
En sus bronces bruñidos, en sus cristales,
está, á veces, la dicha de los mortales...
¡La dicha! Aunque un momento tan solo sea,
si al Bazar se le debe, bendito sea!

E. Martínez y Rebollo.

EN VENTA

En ésta Féria, en el Bazar Murciano,
vendo mi corazón como un juguete.
Precio en reales vellón: cinco... seis... siete...
¡Vale tan poco el corazón humano!

Yó no lo quiero en mí; fué mi tirano,
fué siempre de mi amor férreo grillete...
Con que á ver quién el precio me promete
y un corazón se fiera éste verano.

Quiero amar y me estorta: las que fueron
sus reinas y á sus plantas lo tuvieron,
me dejaron por él la fé burlada.

¿Pedis que no lo venda? Error profundo.
Amar con corazón en este mundo,
decid: ¿para qué sirve?... ¡Para nada!

Francisco Arzoniz.

Cartagena.

VERDADES CLARAS

¡Otro año más! En aumento
va el crédito del BAZAR:
su comercial movimiento
tiene á Ricardo contento
en su continuo anhelar.

Si vino Gamazo un día
y nos desgarró el bolsillo
con la furia de una harpía,
no pudo en su saña impía,
manchar del BAZAR el brillo.

Ni aun despues de Villaverde,
cuyo recuerdo espantoso
en las entrañas nos muerde,
Ricardo su rumbo pierde,
siempre amable y cariñoso.

Y es que las aspiraciones
del BAZAR son muy juiciosas:
aprovechar ocasiones
y hacer bastantes doblones
dando baratas sus cosas.

Baratas, sí. ¿Quién no sabe
que vender muy bueno y mucho

hay con lo caro no cabe?
Ricardo, sin que lo alabe,
es comerciante muy ducho.

Y como de Hacienda entiende
más que esos polichinelas
que la política asciende,
gana mucho, porque vende
con mercantiles cautelas.

Así, enlazando los años
con positivas ganancias,
contenta á propios y extraños,
y no llora desengaños,
ni insulta con sus jactancias.

¡Ah! Si esos sábios de pega
desterraran sin pasión
la soberbia que les ciega,
irían á donde llega
Ricardo con su tesón.

Y la patria, prosperando
con riqueza y bienestar,
marcharía progresando
á la vez que desterrando
los dolores de su hogar.

Pero nó: ¡delirio vano!
España está condenada
á tener fisco inhumano,
para estar bajo un tirano
eternamente humillada.

Ricardo, ejemplo es palpable
de verdadero hacendista;
todo lo encuentra viable;
y á su talento notable
no hay nada que se resista.

Yo, si en mi mano estuviera,
para aplicar un cauterio
al cáncer que nos lacera,
á Ricardo Blázquez diera
de la Hacienda el Ministerio.

Él llevaría al Tesoro
su sistema mercantil,
y con nobleza y decoro
un hervidero de oro
fuera la industria fábril.

Y la muerta agricultura
y el comercio comprimido
alcanzaran gran altura,
dando así paz y ventura
á este país abatido.

Y el propietario pequeño
que sostiene eterna guerra
contra el fisco (que es el dueño)
realizara al fin su sueño
dorado, sobre la tierra.

Eso el buen Ricardo haría
con su talento fecundo
y con su honrada hidalguía,
y España entonces sería
la mejor nación del mundo.

Su BAZAR es un modelo
que debieran imitar
los que alzar quieren el vuelo,
pues sin trabajo y desvelo
no se puede prosperar.

Andrés Blázquez

Á BLÁZQUEZ

Vengo á hacerte una intencion
con una doble visita,
por tener la navajita
de comprarte una ocasion.

¡Ay, cuanto BAZAR MURCIANO
he visto en este recreo!
Bañadores de paseo,
manguitos para el verano,

pañuelitos de jabon
y pastillas de narices
y escopetas de raices
y cepillos de piston.

Petacas para pendientes,
para las chicas, pitillos,
para las medias, palillos
y ligas para los dientes.

Plumeros de agua bendita
y pilas para limpiar;
cordones para fregar
y esponjas de Santa Rita.

Para los chicos, muñecas,
para las chicas, pelotas
y esencias para las botas
y betun para las pecas.

Panderetas de tres pies,
candelabros con madreños,
pantallas para los moños
y peinas para quinqués.

Adornos que dan la hora
y relojes de sombrero;
povos para caballero
y pipas para señora.

Hay alfombras de alcornoque,
cayadas con fondo en sedas
y bastones de tres ruedas
y bicicletas de estoque.

Y dice mi amigo fresco
que disparato... ¡Está Vázquez!
Yo bien sé lo que me Blázquez,
¿no es verdad, amigo pescó?

L. Jara Carrillo.

UN RECUERDO

Al pasar por delante de la magnífica
sucursal que del «Bazar Murciano» existe
en esta población, mi amigo X., que me
acompañaba, exclamó al ver los esplén-
didos escaparates atestados de lindos ju-
guetes y preciosos objetos:

—«¡Ay amigo mio! ¡Qué cúmulo de
tristes recuerdos despierta esto en mi
alma! ¡Qué pena tan íntima siento en mi
corazón!

¡Oh juguetes, juguetes! Ellos fueron el
encanto y la ilusión del ser que Dios se
dignó darme... para arrancármelo tan
pronto! Ellos constituyeron para él la ale-
gría mas grande de su vida; la ambición
de su inocente alma... Ellos labraron las
horas mas dichosas de su breve existen-
cia... ¡Tener juguetes... muchos jugu-
tes...! Esto era su afán mas grande, el
ideal de su vida! ¡Cuántas veces, en ese
encantador dialecto del tierno niño, y bri-
llándole de anhelo y de entusiasmo sus
hermosos ojos, me pedía un juguete del
«Bazar Murciano»... Alguno cuya imagen
preocupaba su delicado y virgen cerebro.
Y qué placer tan hondo y tan delicioso el
mío al ofrecerle lo que él deseaba... ¡Qué
alegría al ver su alegría! ¡Qué ventura
al ver su ventura...!

Hay ¡pobre de mí! aquellos juguetes
que tantas horas de contento le propor-
cionaron... Que empleó en sus inocentes
juegos, y á los que á veces hablaba como
si tuviesen vida y le comprendieran:
aquellos objetos tan preciosos para mí
yacen también en el panteón del reposo.
Son como reliquias santas á quienes el
solo contacto de manos extrañas profana-
ría. Yacen muchos... tristes... inmóviles
en obscuro rincón; porque al no tener ya
vida las manos que los animaron, parece
que también ellos han perdido algo de
vida que tuviesen antes... Parece que tam-
bién han muerto...!»

Al pedirme hoy mi querido amigo el
jefe de la sucursal que el «Bazar Murcia-
no» posee en esta población, algunas lí-
neas para el periódico anual que ese ele-
gante centro publica, no he podido por
menos de ofrecerle esa triste memoria
que acude á mi pensamiento. Porque en-
tre las brillantes facetas de la alegría y
del contento que han de lucir en las pági-
nas de esa publicación, justo es que se
muestre también, aunque sea pálida y
triste, alguna que nos recuerde esos
amargos y puros idilios de la vida... algo
que nos haga pensar, aunque no sea mas
que por un instante, en esos pobres ju-
guetes muertos...!»

Fulgencio Barado.

Cartagena y Agosto de 1900.

CRÓNICA

EL BAZAR MURCIANO ha tenido el
privilegio de ser, no solo el estable-
cimiento mas favorecido de la capi-
tal, sino también el periódico mas
buscado y leído de cuantos en ella
ven la luz pública.

Como comerciante y como direc-
tor-propietario de dicha publica-
ción, el amigo Blázquez puede con-
siderarse como el niño mimado del
público murciano.

En el primer concepto, no hay pa-
rroquiano que le regatee; ni parro-
quiana, que es lo mas singular: an-
tes por el contrario, es tal el crédito
que su buena fé inspira á todos y á
todas, que no es raro el caso de que
se le haya pagado mas de lo pedido.
¡Todo porque el pobrecito no ex-
perimentase perjuicio alguno en la
venta!

En el segundo concepto—en el de